

LEONARDO SCIASCIA: *Il giorno della civetta*. Ed. Einaudi. Torino, 1962. 122 p.,  
19 x 12 cm.

Tres hombres son asesinados en un pueblo de Sicilia. El capitán que entiende en el caso descubre a los culpables, pero la justicia no se cumple.

El tema de la novela es esta denuncia: la mafia, complicada y terrible existe, y existirá mientras el temor de la venganza siga acallando el reclamo y el testimonio del pueblo humilde, y el honesto e ingenuo católico crea en la rectitud de los que hábilmente fingen religiosidad y son los secretos jefes de la delictuosa organización; ésta no acabará si el industrial poderoso continúa apoyando su riqueza en el negocio criminal y el influyente político, por no dejar un instante de los goces de su privilegiada posición, acepta razones y culpables falsos para esos delitos; si el más alto gobernante, supremo responsable de la justicia, cegado por su pasión partidaria, no ve la verdad y la considera como sistemática campaña de desprestigio planeada por la oposición.

La narración es muy densa y viva. El momento del primer crimen surge al comienzo como un cuadro cuyas figuras se animan de pronto al despertar el día: ronroneo del motor del autobús que parte, carrera del viajero detenido por las balas, el grito del cobrador de boletos, pasos y voces de la policía que llega hasta el muerto y despeja la plaza, mutis de los pasajeros y del vendedor de bollos...

El argumento sigue desarrollándose estructurado en forma de escenas bien delimitadas por los espacios en blanco que las separan, con diálogos en

casi toda su extensión. Ellas jalonan el tiempo del relato, presentado en relieve, con justeza de crónica, muy ágil, chispeante de humor, y con ese espontáneo realismo que el recurso de la lengua hablada ha conquistado para la novelística contemporánea.

La obra recibió el premio Crotone 1962 por la valentía con que hace la radiografía de la mafia señalando la conveniencia en las altas y bajas esferas, por el estilo en que está escrita y el humano análisis de personajes.

Sicilia palpita en el arte de este narrador que juega aquí, predominantemente, con el movimiento y el sonido, en un ritmo apenas demorado en las cortas reflexiones de los protagonistas y en las muy breves descripciones de ambiente y seres.

Cobran vida en sus páginas algunas figuras típicas de aquellos apartados pueblecitos: el blasfemo guarda del autobús, las viejas campesinas con olor a establo y humo de leña, el vendedor ambulante de voz lastimera e irónica, el ignorante empresario que desconfía de la *nera semenza* de la escritura con que la policía fija lo que se declara, el viejo perverso y astuto con la sabiduría que le ha dado una larga vida de primitiva prepotencia.

Este escritor, tan dinámico y colorista, que sabe transmitir su mensaje con meridional dramatismo, juguetona ironía y cálida poesía, revela también un especial interés filológico por el dialecto isleño cuando nombra a G. Meli y da en su lengua algunos refranes, nombres y apodos, consciente tal vez de que la demopsicología —como llamara Pitré al estudio de las tradiciones populares— ha sido más eficaz que la sociología para lograr un acercamiento a Sicilia.

En la persona de Bellodi, militar austero, celoso guardián de la ley que defiende la libertad y la justicia, razona piadosamente el autor y se pregunta si ese ímpetu de persecución implacable del delincuente no se vuelve inhumana, si no llega a convertir al hombre en sabueso de sus semejantes, como cree el campesino que bautiza *Barruggieddu* a su perro —transformación de *bargello*, policía—; piensa que el fascismo tuvo tanto éxito en aquella tierra porque con la estricta vigilancia que impuso protegió allí a campesinos, pequeños propietarios y mineros.

Literato sociólogo, Sciascia trata de penetrar el carácter del siciliano, sus relaciones familiares y comunitarias, los motivos de su anarquismo y crímenes. Busca en los hombres, en la literatura y en sí mismo, y concluye: *... Más allá de la moral y de la ley, más allá de la piedad, era (el jefe de la mafia) una masa irredenta de energía humana, una masa de soledad, una ciega y trágica voluntad ... a su alrededor la voz del derecho había sido sofocada por la fuerza, y el viento de los acontecimientos sólo había cambiado el color de las palabras sobre una realidad inmoral y pútrida.*